



Fig. 108.—Retrato de Ramsés II.  
Museo del Cairo.



Fig. 109.—Retrato de Ramsés II  
con los atributos de la realeza. Museo de Turin.

los obeliscos es también muy antigua; infinidad de ellos en miniatura se han encontrado en las tumbas contemporáneas de las pirámides, pero no alcanzaron sus dimensiones extraordinarias hasta el segundo imperio tebano. Después, la primitiva significación mística de su forma se había olvidado completamente; el nombre griego de obelisco que le damos nosotros, quiere decir, por metáfora, *pequeña aguja*. Es curioso que no conocemos el nombre egipcio ni su significado. Tienen, en efecto, la forma de aguja y sus bloques son las mayores piedras que haya labrado la humanidad; el obelisco de la reina Hatasú, en el patio de Karnak, tiene 33 metros de altura, sin la base que le forma el pedestal.

Los escultores se aplicaron también, además de los relieves decorativos, á ejecutar obras de bulto entero, y con frecuencia demostraron también el gusto por lo colosal y exagerado en dimensiones que siempre ha sido la característica de Egipto, desde las pirámides hasta los templos tebanos. Algunas estatuas faraónicas de las puertas de los templos eran verdaderamente colosales; pero además de esta monomanía nacional de lo gigantesco, los escultores del segundo imperio egipcio demuestran poseer facultades extraordinarias para representar los grandes personajes, los sacerdotes y los monarcas que les encargaban sus retratos. Karnak, lleno de esculturas votivas de sus reales protectores, debía ser una galería iconográfica del Egipto tebano. En Luxor había un pueblo entero de estatuas. Gran cantidad de esculturas se ha encontrado en Karnak, en el fondo de grandes zanjas, después rellenas de tierra; las nuevas dinastías tenían necesidad de desocupar el lugar sagrado para dejar sitio á las figuras de los nuevos faraones. Es curioso ver cómo, á pesar de lo monótono de la actitud, impuesta por su misma jerarquía, cada faraón tiene su tipo particular, y en algunos de ellos, de los que tenemos diferentes retratos, hasta puede verse aún el surco



FOT. EGYPT EXPL. FUND.

Grupo de Amenhotep II y la vaca Hathor. Museo del Cairo. (Navielle)



Fig. 108.—Retrato de Ramsés II.  
*Museo del Cairo.*



Fig. 109.—Retrato de Ramsés II  
con los atributos de la realeza. *Museo de Turin.*

los obeliscos es también muy antigua; infinidad de ellos en miniatura se han encontrado en las tumbas contemporáneas de las pirámides, pero no alcanzaron sus dimensiones extraordinarias hasta el segundo imperio tebano. Después, la primitiva significación mística de su forma se había olvidado completamente; el nombre griego de obelisco que le damos nosotros, quiere decir, por metáfora, *pequeña aguja*. Es curioso que no conocemos el nombre egipcio ni su significado. Tienen, en efecto, la forma de aguja y sus bloques son las mayores piedras que haya labrado la humanidad; el obelisco de la reina Hatasú, en el patio de Karnak, tiene 33 metros de altura, sin la base que le forma el pedestal.

Los escultores se aplicaron también, además de los relieves decorativos, á ejecutar obras de bulto entero, y con frecuencia demostraron también el gusto por lo colosal y exagerado en dimensiones que siempre ha sido la característica de Egipto, desde las pirámides hasta los templos tebanos. Algunas estatuas faraónicas de las puertas de los templos eran verdaderamente colosales; pero además de esta monomanía nacional de lo gigantesco, los escultores del segundo imperio egipcio demuestran poseer facultades extraordinarias para representar los grandes personajes, los sacerdotes y los monarcas que les encargaban sus retratos. Karnak, lleno de esculturas votivas de sus reales protectores, debía ser una galería iconográfica del Egipto tebano. En Luxor había un pueblo entero de estatuas. Gran cantidad de esculturas se ha encontrado en Karnak, en el fondo de grandes zanjas, después rellenadas de tierra; las nuevas dinastías tenían necesidad de desocupar el lugar sagrado para dejar sitio á las figuras de los nuevos faraones. Es curioso ver cómo, á pesar de lo monótono de la actitud, impuesta por su misma jerarquía, cada faraón tiene su tipo particular, y en algunos de ellos, de los que tenemos diferentes retratos, hasta puede verse aún el surco



FOT. EGYPT EXPL. FUND.

Grupo de Amenhotep II y la vaca Hathor. *Museo del Cairo. (Neville)*

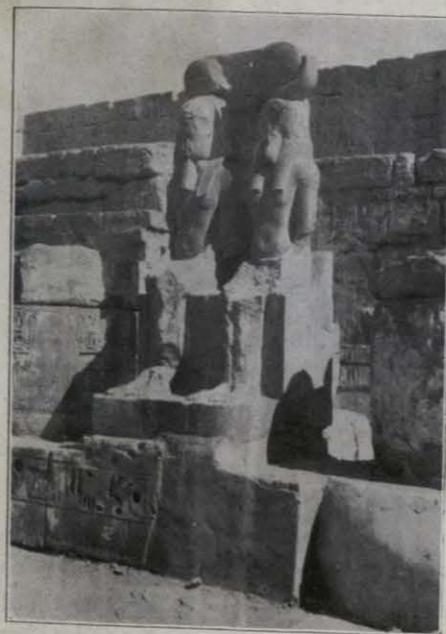


Fig. 110.—Estatuas de dos princesas reales. *Luxor*.



Fig. 111.—La reina Nofrit, esposa de Usitarsén II. *Museo del Cairo*.

que en su fisonomía imprimieron los años. Dista mucho la escultura egipcia de ser aquel arte hierático que reproduce siempre formas fijas; hay toda la variedad viviente de los hombres en las estatuas faraónicas. Algunos se ven sanos y equilibrados, como los tres retratos en distintas edades de Tutmés III, hoy en el Museo Británico (fig. 107); otros son tipos finos y audaces, como los retratos de Ramsés II (figuras 108 y 109); otros nos dan el tipo del monarca enfermizo y piadoso, como las magníficas testas de Amenofis III.

La psicología de cada uno de los grandes príncipes del Egipto aparece en sus esculturas, así como la de los individuos de su familia, hasta de las princesas reales, porque las mujeres intervenían en la vida civil del Egipto más que en la generalidad de los pueblos de Oriente (figs. 110 y 111). Estas figuras secundarias no tienen nunca las grandes dimensiones de los retratos de los faraones, los monarcas visten una indumentaria especial y llevan en la frente el áspid simbólico de su inmortalidad. En los relieves de los templos, el Faraón tiene mayor tamaño del natural, es un ser superior que interviene en un combate de pigmeos, que tales parecen ser sus ejércitos y los del enemigo. Los grandes caballos de su carro son también desproporcionados, como reflejando la naturaleza semi-divina que les comunica sin duda su poseedor.

Esta manera de representar de talla exagerada á los seres superiores, dioses y héroes, es propia de todas las razas primitivas; el Egipto no llegó á concebir que esta superior jerarquía de los dioses se manifiesta por una alta superioridad



Fig. 112.—Grupo de Amenhofis II y la vaca Hathor en el centro de una capilla.



Fig. 113.—La vaca Hathor en el acto de trasladarla al Museo del Cairo.

moral, por la majestad y nobleza sobrehumanas de las representaciones divinas que encontramos en las obras de la escultura clásica.

Para llenar sus necesidades religiosas el Egipto faraónico tuvo que aprender á representar las formas de los animales, porque á veces sus dioses menores tomaban la figura de un animal determinado: vaca ó lechuza, ó de un cinocéfalo y hasta de un gato, reminiscencias de los cultos locales prehistóricos. Los escultores tebanos se impusieron, pues, la tarea de estudiar estas formas de los divinos compañeros de Amón que pueblan el panteón egipcio, y son admirables sus figuras de animales, labradas á veces en ricos materiales ó en piedras durísimas, como el granito ó el basalto.

Hace sólo unos diez años se descubrió el monumento escultórico más importante de las escuelas tebanas; que es precisamente un grupo con la figura de Amenhofis II y de la diosa Hathor, que, en forma de vaca, era la encarnación de la luna, que encontraban los difuntos en el camino del infierno y les rejuvenecía con la leche eterna de sus pechos. El Faraón, devoto de Hathor, está de pie, cobijado por la cabeza de la diosa; en el mismo bloque, de perfil, se le ve arrodillado, sorbiendo la linfa vivificadora. Unos tallos de flor de loto suben desde el suelo hasta el cuello de la vaca, recordando las plantas de los pantanos profundos donde se aparecía á las almas de los muertos. Esta cabeza de Hathor ha sido conceptuada justamente como la obra capital del arte tebano: su nariz respira con calma inefable; sus ojos miran con la expresión de su especie, pero al mismo tiempo con cierta ternura más que humana. (Lám. V.)

La vaca Hathor se encontraba dentro de una capilla cuya bóveda estaba cubierta de pinturas, lo mismo que las paredes, cerca del templo de Deir-el-Bahari (figs. 112 y 113). Está labrada en una roca de piedra caliza amarilla, y todo el

interesante grupo aparece policromado.

En cuanto á la pintura, las tumbas de la necrópolis real nos han dado un repertorio completo de escenas de la vida doméstica: cuadros de género, con cantores y danzantes, representaciones de diferentes asuntos de la infancia y del casamiento, y sobre todo de las ceremonias funerales. En los templos, los fastos nacionales de las victorias del Faraón y de las ceremonias de la corte completan con infinidad de composiciones de carácter civil los asuntos que allí faltan en los relieves (figs. 114 y 115). Los colores brillantes de los cuadros y frescos, la expresión de las fisonomías, están por desgracia del todo desprovistos de ambiente y perspectiva, y por ello no llegan á conseguir aquel superior efecto que pudieron lograr más tarde los grandes pintores griegos. Pero hoy gozamos con este arte, que podríamos llamar de un solo plano, fatigados por el exceso de ciencia de nuestra pintura moderna. Además, según una hipótesis, á los pintores egipcios habría que reconocerles por los maestros de la Grecia; ésta por lo menos era la creencia de los antiguos, que recordaban no pocos nombres de artistas egipcios que habían pasado á Europa. Herodoto suponía que el arte de la pintura llegó á Grecia por obra de los pintores egipcios, los cuales hacían destacar las figuras por simples siluetas de un solo color, y que poco á poco se fué dando variedad de colores á las diversas partes de los personajes representados. Hoy, después de nuevos estudios, se insiste por algunos en esta opinión de una influencia permanente del Egipto en los orígenes



Fig. 114.—Faraón con un músico. Pintura de Tebas.



Fig. 115.—Arapista delante del Faraón. Pintura de Tebas.

de la pintura y escultura griegas; el último triunfo de los artistas tebanos sería así el de legar su experiencia á los griegos, que debían alcanzar la plenitud del arte de todos los tiempos.

RESUMEN. — Los faraones de la 11.<sup>a</sup> dinastía trasladan su capital á Tebas, en el Alto Egipto. Allí, en lugar de sus sepulturas características de las pirámides y los templos adyacentes, abren en el acantilado de sus montañas, largos corredores que llevan á una cámara decorada de pinturas. Persiste el culto del Faraón divinizado en un templo construído al pie de la montaña, en la llanura de la ribera del Nilo. En la otra ribera se extiende la ciudad, con sus dos templos colosales: Karnak y Luxor. Los templos egipcios tienen una planta confusa por la acumulación de nuevas dependencias que agregaron los nuevos faraones. No obstante, se distinguen tres elementos capitales en todo templo egipcio: un patio anterior, una sala para las procesiones y un santuario ó naos donde está la capilla con el simulacro del dios. El templo está precedido de una avenida monumental de esfinges y aislado del exterior por una doble pared sin aberturas. Todas las partes del templo, y principalmente la sala hipóstila ó de las procesiones, están decoradas con relieves policromados de colores vivos. Estos relieves no respetan las líneas arquitectónicas del edificio, labrándose á veces hasta sobre los fustes de las columnas. En cambio, como construcción, los templos egipcios dejan mucho que desear. No hay un verdadero rigor cronológico en la evolución de los estilos arquitectónicos; sin embargo, algunas dinastías muestran preferencia por ciertas formas de soportes, como las columnas en forma de palmera de las primeras dinastías y los pilares osiriacos ó con figuras de Osiris en tiempos de Ramsés II. La escultura hace maravillas en los retratos y hasta en la ejecución de figuras de animales, como la vaca Hathor de Deir-el-Bahari.

BIBLIOGRAFÍA. — La obra monumental: *Description de l'Egypte* se completa con la de la expedición alemana: LEPSIUS: *Denkmäler aus Egypten*, 1845. — Un primer libro de conjunto. PRISSE D'AVENNES: *Histoire de l'art égyptien*, 1879. MARIETTE: *Karnak, Abydos*, etc. PERROT ET CHIZEP: *Histoire de l'Art dans l'antiquité*. — Sobre los sepulcros tebanos: NAVILLE: *The XI dynasty temple and The great temple at Deir-el-Bahari*. DAVIES: *The tombs of the queens*. — Sobre la restauración de los templos: *Annales du service des antiquités de l'Egypte*. I-VII. — Sobre estatuaria y el arte egipcio en general: *Memoires y Bulletin de l'Institut français d'archéologie orientale. Catalogue general du Musée du Caire*, 27 vols. en folio. — JORGE EBERS: *Egipto*, dos volúmenes en folio mayor. Edición castellana. Salvat y C.<sup>a</sup>, Barcelona.

REVISTAS. — *Revue d'Égyptologie*. París. — *Recueil des travaux relatifs à la Philologie et à l'Archéologie égyptiennes et assyriennes*. París.

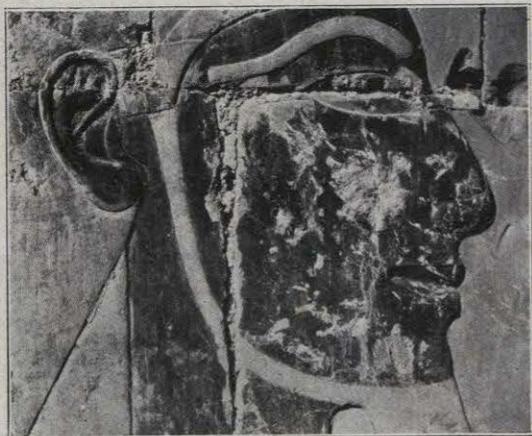


Fig. 116. — Retrato en relieve policromado de Tutmés II. Deir-el-Bahari.

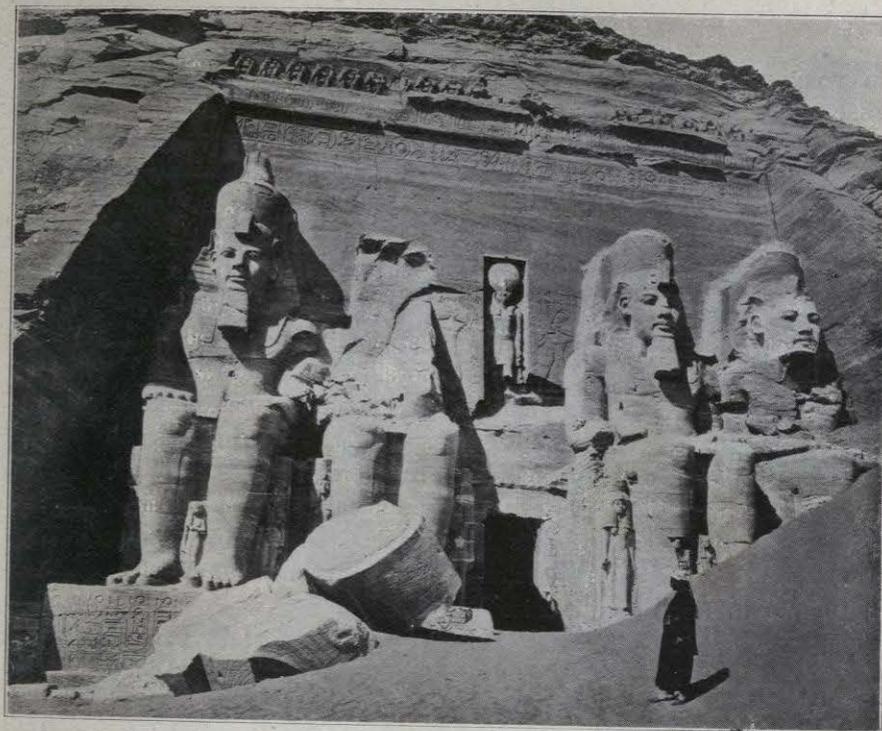


Fig. 117. — El gran speos de Ipsambul. NUBIA.

## CAPÍTULO V

LOS TEMPLOS DE LA NUBIA. — EL ARTE SAITA. — LAS ARTES MENORES EN EGIPTO.

EL Egipto, — dice Naville, — no es un pueblo desarrollado alrededor de una capital, ni un Estado alrededor de una ciudad, sino que es una nación extendida á lo largo de un río. A cada lado del valle, el desierto no se prestaba á una expansión colonial. Por esto la única colonia efectiva del Egipto fué su prolongación siempre á lo largo del Nilo, remontando el valle, de la Nubia hasta la Etiopía. Este segundo Egipto, á partir de las primeras cataratas, fué disputado algunas veces por los monarcas etíopes, pero la mayor parte del tiempo los destacamentos militares de los Faraones gozaron allí de calma y seguridad suficientes para construir las espléndidas obras que son aún la admiración de los turistas, que en mayor número cada día se atreven á remontar el Nilo hasta Kartum. Las demás colonias no tenían carácter permanente y la Nubia es el único sitio donde los ejércitos faraónicos dejaron sus huellas monumentales,



Fig. 118. — El valle del Nilo en la Nubia.